

EL MEDITERRÁNEO COMO ESPACIO DE CONFLICTOS

Federico AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS
Doctor en Ciencias Políticas



L Mediterráneo ocupa un espacio de centralidad en la mayoría de las representaciones del mundo propias de la cultura occidental (mapas, etc.), particularmente en las europeas. Así, no resulta paradójico el significado de los nombres con que se han dotado las grandes cunas de las civilizaciones del mundo; el Mediterráneo, literalmente el mar en medio de la tierra, se sitúa en paralelo a China, el imperio de en medio; la península Ibérica y Turquía, crisoles de otras culturas, marcan su eje axial. Y es que, citando a Platón en *Fedón*, «hay otros muchos hombres en otros sitios que viven en lugares semejantes. Pues hay alrededor de la tierra por todas partes muchas cavidades de muy diferente

forma y tamaño, en las que han confluído el agua, la niebla y el aire».

Pero el Mediterráneo no es sólo un espacio físico —como también apuntaba Platón: «Los que vivimos desde Fáside a las Columnas de Heracles habitamos en una minúscula porción, agrupados en torno al mar como hormigas o ranas alrededor de una charca»—, sino cultural; sus límites fluctúan según el aspecto considerado. Portugal es un país Mediterráneo, como también lo es el Cáucaso o Irán. Hay en ello mucho de voluntad.

Con todo, el peso del Mediterráneo ha disminuido aun dentro de Europa; su centro de gravedad económico se ha desplazado hacia el Norte: así, por ejemplo, los tres principales puertos europeos ya son atlánticos. Abandona de este modo su espacio de cuna y centralidad para convertirse en frontera con otro mundo cuyas raíces se instalan en sus orillas; y es que en él confluyen las tres grandes civilizaciones de la casa de Abraham (el islam se define a sí mismo como *Millet Ibrahim*, la religión de Abraham). La historia lo ha

convertido en cuna, unión y frontera al transformar sucesivamente su rol potenciando alguno de sus atributos.

No deja de sorprender el observar cómo, tras un esfuerzo de siglos para conseguir la libertad de los mares, el Mediterráneo, mar de encuentro e intercambio a lo largo de la historia, ha acabado por ser percibido como un accidente geográfico que, a modo de material dieléctrico, aísla los polos opuestos de desarrollo con mayor diferencia de potencial del planeta; la diferencia de renta per cápita entre sus orillas es de quince a uno.

Y es que si secularmente el Mediterráneo ha unido culturas, ahora se ha convertido en el foco donde convergen conflictos económicos, políticos y hasta entre civilizaciones, contribuyendo a la formación y alejamiento de mundos construidos de un modo autónomo. La ribera norte ha sido sacudida por una crisis económica de primer nivel, pero la crisis de su ribera sur, a la que algunos llaman *primavera*, conmueve los cimientos de su cultura.

Religión y cultura como claves de los conflictos en el Mediterráneo

El islam es una religión que recoge distintas culturas a lo largo de todo el orbe. Su diversidad y su multiculturalidad tuvo su reflejo ya entre los compañeros del profeta Mahoma, que admitieron en su seno y trataron como iguales a Salman el Persa o a Bilal, que había sido un esclavo negro manumitido: «Oíd y obedeced aunque tuvieseis por jefe a un esclavo de Abisinia cuya cabeza fuese como una uva pasa».

El islam no es monolítico; es pluralismo, diversidad y diferencia. Del pluralismo de las sociedades islámicas es prueba el que fuera posible la cohabitación con los no creyentes, eso sí, siempre que se sometieran a la autoridad del islam.

El Corán es también diferencia porque permite diversas visiones del libro sagrado, diferentes aproximaciones al hecho religioso sin que exista una jerarquía que pueda fijar una doctrina oficial, la verdad. Y es diversidad por las distintas culturas que se asocian a la religión como resultado de la amplitud geográfica de su área de preponderancia. La diversidad y la diferencia se articulan en el marco de una sociedad que pretende ser igualitaria.

Cultura y poder

Las culturas presentan un sistema de valores completo, único, cerrado, una forma de ver el mundo que no es constante en el tiempo, sino que varía en cada época. Entiéndase, los valores prácticamente son los mismos, sin grandes modificaciones en ellos: lo que varía en cada una de las culturas es su ordenación.

Así, para Occidente el eje de referencia es el individuo, mientras para el mundo islámico el eje es la comunidad, la *Umma*. Y aún es más, para Occidente y en el siglo XXI el primero de los valores a considerar es sin duda la libertad, aunque no siempre fue así (la libertad de pensamiento es una concepción ilustrada). Sin embargo, para muchos musulmanes es la justicia. Y a partir de ahí, si estuviéramos en el espacio unidimensional, se situarían en diferente orden de prelación todos los demás. Se trata, como se ha dicho, de un sistema. Así, la existencia de una palabra que no tiene traducción directa a otro idioma es expresión de esta disimilitud en cuanto al ordenamiento de valores.

Con cada uno de los sistemas de valores se hace una aproximación al mundo, a sus problemas y se adoptan las decisiones. Entiéndase la simplificación por su plasticidad; es distinta la aproximación que se hace y las decisiones que consecuentemente se adoptan considerando en primer término la libertad, que se considera como primer valor a preservar, la igualdad o la justicia (con la libertad tendríamos el modelo decimonónico liberal, considerando como igualdad las democracias populares, e intercalando libertad, igualdad y justicia, el estado social y democrático de derecho).

El etnocentrismo presenta lo propio como natural y lógico, transparente al usuario, mientras lo ajeno resulta extraño, extravagante, cuando no una agresión. Añádase a eso que la lógica del mundo occidental es racional cartesiana, mientras el resto no lo es necesariamente.

El resultado es que una cultura constituida sobre un sistema de valores, a la que se superponen unas estructuras de poder construidas sobre otros valores, no propicia que se consiga un pleno encaje entre ambas, apareciendo fricciones y tensiones constantes. La cultura trata de transformar el poder, y este trata de transformar la cultura. Esta y los movimientos sociales son siempre más fuertes, lo que no quita para que el resultado sea, entre otras cosas, una crisis de identidad.

Problemas del desarrollo poscolonial

Por otro lado hay que ponderar los sucesivos fracasos que han cosechado los regímenes poscoloniales autoritarios que se impusieron en numerosos países árabes y que plantearon sus soluciones temporales desde el laicismo y el desarrollo económico (como las «industrias industrializantes» argelinas); la llamada vía socialista árabe finalmente ha derivado hacia una crisis económica, social, de vivienda, sanitaria, que ha conducido al paro, al subempleo y a la emigración de unas sociedades jóvenes (más del 70 por 100 de las poblaciones son menores de 35 años), así como a una pérdida de confianza hacia las soluciones temporales. Aún es más, las políticas sociales soportadas con la ayuda y el comercio con Occidente no han podido sobrevivir a la crisis econó-



Celebraciones en la plaza de Tahrir en El Cairo después de la caída de Mubarak.
(Foto: wikipedia.org).

mica mundial, como se deduce de la mera observación de los informes del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD); la caída en estos capítulos puede imputarse como el detonante de *las primaveras árabes*, como en los años ochenta lo fueron *las revueltas de la sémola*, proceso paralelo al actual —aunque no de igual intensidad—, suscitado en aquella ocasión por el encarecimiento de los productos de primera necesidad y la caída de ingresos procedentes de los hidrocarburos.

Añádase a ello el deslegitimador problema de la corrupción, que tiene un innegable componente cultural (en el sistema *majzen* el cargo pagaba al hombre), y de la transmisión patrimonial del poder. Hay países en que desde su independencia no se había producido un relevo de sus élites; las democracias autoritarias en fase de relevo —Egipto, Libia— soportaron mal las protestas, no así las monarquías, que apenas se resintieron. Y es que toda fase de tránsito, por pactado que esté, debilita el poder y lo hace vulnerable.

Súmesese la existencia de estructuras sociales preestatales (clanes, tribus), cuyos límites, por más o por menos, no coinciden con los del Estado, que en algunos casos solo cuajaron en la lucha por la descolonización (Argelia se consolidó como país en una lucha que unió a sus 805 tribus) o simplemente no

cuajaron, lo que obliga a complejos y fluctuantes equilibrios entre los distintos intereses de los grupos.

El resultado es la incapacidad del Estado para resolver estas cuestiones, que son su función principal, lo que ha supuesto su deslegitimación, generando amplios espacios de exclusión social. El poder se ha ejercido recurriendo a potentes aparatos policiales, cuando no mediante el empleo de las Fuerzas Armadas convertidas en árbitros de la situación. Con ello se ha suprimido cualquier disidencia, cualquier ajuste, pero al hacerlo no se han prevenido las grandes conmociones, situando los términos del debate entre inmovilismo y revolución.

Paralelamente, la falta de una oposición organizada y la heterogeneidad de los colectivos que agrupa suponen plantear la lucha en dos estadios, y añaden aún más incertidumbre a su resultado final, con el añadido de los riesgos de una nueva guerra civil. Lo primero que se pretendería es la eliminación del régimen vigente, y en un segundo paso, la representación de los distintos grupos que reúne, así como de las ideas que propugnan.

Las apelaciones a más democracia son ante todo una llamada desesperada a la resolución de estos problemas por cualquier vía; lo que se pretende conseguir es sencillamente el pan (el proceso es paralelo al incremento de los precios en los productos básicos), por más que se empleen fórmulas más o menos trascendentes para articular la demanda de innovaciones como redes sociales y teléfonos móviles para la activación de movimientos (por cierto un espacio inmaterial que encaja muy bien en la concepción mística de la *Umma*).

La consecuencia ante esta falta de expectativas ha sido la búsqueda de otros modelos alternativos, más si se declaran a sí mismos la solución del problema, y cuentan con la legitimidad añadida de haber ejercido de oposición a un régimen ineficaz; además, la inexistencia de una oposición organizada sitúa el debate en el plano laico-religioso (en Occidente la mayoría de los debates son profanos y dan mucho de sí por más que se hable del crepúsculo de las ideologías).

Como resultado, la posición inicialmente laica de estos movimientos ha dado paso naturalmente a movimientos islamistas que se han situado en los aledaños del poder de la mano de procesos electorales. Y es que esa es la solución que se ofrece desde su cultura cuando los debates se presentan en términos dicotómicos y el otro término de la ecuación ha fracasado.

Añádase a ello el apoyo particular que le dan a este tipo de organizaciones algunas grandes fortunas ligadas al negocio del petróleo, atendiendo al mandato islámico de la *sadaqa* (limosna) con vistas a la *dawa* (predicación) y que promueven formulaciones muy estrictas del islam que chocan incluso con su concepción popular imperante.

La aparición de sociedades islámicas asistenciales, como lo fue el Frente Islámico de Salvación (FIS) argelino, los Hermanos Musulmanes o la propia

Hezbollah (literalmente el Partido de Dios), que suplen o sustituyen ejemplarmente al Estado y contribuyen a su marginación, son buena prueba de su fragilidad. Pero estos movimientos populares, en parte desvertebrados, bajo el paraguas de afirmaciones como «el Corán es nuestra Constitución», incorporan simultáneamente varios discursos contradictorios y no resueltos sobre aspectos esenciales, como pueden ser la propia democracia o la economía de mercado.

El islam político

Desde el punto de vista religioso, Mahoma no se pronunció por ninguna forma de gobierno concreta, pero sí fijó sus principios motores. El gobierno tiene una naturaleza instrumental, no se trata de construir el reino de Dios en el mundo. El estado es un medio para asegurar el logro de una finalidad superior situada en el más allá.

El poder del gobernante musulmán tradicional es un poder limitado como consecuencia de sus fuentes de autoridad limitada; está obligado a respetar la *sharia* que se encuentra obligado a aplicar y a cuyo marco se encuentra constreñido: «el musulmán ha de escuchar y obedecer, tanto si le gusta como si no, excepto si se le ordena una trasgresión, entonces ni escucha ni obedece». Por ello el gobernante no es un déspota, hace lo que debe no lo quiere. Como contrapartida, el Corán establece una obligación de obediencia: *obedeced a quienes de vosotros ostenten la autoridad* reza la aleya coránica de los emires.

Es más, una mera transgresión no inhabilita al líder para el ejercicio del poder; como reza el hadiz «debéis orar, aun detrás de un trasgresor». Tampoco le inhabilita su carácter injusto porque, como apunta Ibn Taimiyya, el gobierno injusto es preferible al tumulto: «Setenta años de tiranía es mejor que una noche de guerra civil», o «quien abomine alguna cosa de su jefe, que sea paciente, porque aquel que se sustraiga un ápice de la obediencia del poder morirá como pagano».

No obstante, en sentido anticonformista se manifiestan otros hadices: «no ayudéis a un tirano si sabéis que es tal, apoyar a la comunidad cuando está en el error, es como caer en un pozo por estar asido a la cola de un camello que está a punto de caer en él», o «cuando se exige a un musulmán hacer algo que es pecado, no hay obligación de escuchar ni de obedecer».

En suma lo que no existen sus canales y contrapesos que sirvan para articular la desobediencia. De hecho, la praxis histórica muestra un espíritu tendente a la inacción frente al tirano, siempre que este no transgreda las líneas rojas fijadas por la *sharia* y se le impute una manifiesta impiedad. Ello no sólo justifica la rebelión de la comunidad, sino que obliga a ella. Y es que la autoridad en el islam tiene un carácter de pacto entre el gobernante y la comunidad, y se articulan distintas fórmulas de control y limitación del poder.

Algunos fundamentalistas opinan que el punto en que se compatibilizan islam y democracia se encuentra en la democracia islámica, ya que la concepción occidental de democracia es modificada desde una percepción religiosa; de esta forma se la libera de los apriorismos propios del cristianismo, dando como resultado un sistema de gobierno en el que se logra hacer compatibles las libertades políticas con la naturaleza religiosa del espacio público.

En este marco resulta posible la existencia de partidos políticos y hasta la libertad de prensa, lógicamente siempre que se asuman y no se cuestionen los principios, valores y normas islámicas. No obstante, la trampa se encuentra en definir el espacio de lo religioso, que puede ir desde los límites del laicismo occidental hasta lo casi total (hay hadices que señalan la forma correcta de dormir). Para otros, sin más, la democracia es un concepto occidental incompatible con las formas clásicas islámicas que se encuentran perfectamente articuladas.

El islamismo político, como su nombre viene a indicar, trata de llevar a la arena política los principios y credos del islam tradicional; en principio una teoría política como la referida parece tener muchos elementos en común con la democracia cristiana; la diferencia puede encontrarse en que los sistemas de gobierno y administración pública más avanzados, incluso el propio Estado, han sido creados según patrones axiológicos occidentales diferentes a las formas tradicionales islámicas de gobernación; pretenden así transformar las bases del sistema, algo que la democracia cristiana no cuestiona. La contrapartida es una politización de la religión y su mayor visibilidad, de modo que se hace del plano religioso y trascendente un plano más activo de conflicto.

El carácter más o menos posibilista de la propuesta política, su flexibilidad y cintura son elementos determinantes a la hora de proceder a una adecuada catalogación y contribuyen a su distribución espectral. El problema se encuentra en diferenciar lo que es el islamismo del radicalismo islámico por lo difuso de los límites. Uno y otro pueden pretender lo mismo, y resulta muy difícil definir como islamistas por su moderada pretensión islamizante a unos y llamar radicales a los otros, aunque como dijera Protágoras de Samos: «El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en tanto que son y de las que no son en tanto que no son».

En atención a estas consideraciones y sin olvidar la propuesta política que tengan estos movimientos, la clasificación parece que debe hacerse en función de la metodología de actuación propuesta, en base a aceptar el sistema institucional, y en el recurso o no a la violencia o a asumir sus fines.

Excluir una idea del juego democrático, proscribir lo que no gusta, es no articular un conflicto; tales posturas deben adoptarse siempre con prevención, pues pueden restar legitimidad a las instituciones. Además el choque con la realidad suele ser el termidor de todo movimiento de signo revolucionario y carácter utópico porque, como dice el refrán, una cosa es criticar y otra dar trigo. No puede entenderse la exclusión permanente a veces de más del 60

por 100 de la población. Y es que parece natural que el hecho de que una sociedad sea profundamente creyente se refleje en sus gobernantes y en las leyes que la regulan. Es la reislamización desde abajo de la que hablara Gilles Kepel. La cuestión es si Occidente puede aceptar un resultado en las urnas favorable a los islamistas, acorde a sus proclamados principios democráticos, por más que este pueda afectar a sus intereses o incluso a su seguridad.

Por el contrario, no aceptarlos supone de alguna manera tener que apoyar formulaciones autoritarias contrarias al credo y esencias occidentales, cosa que, por otra parte, ya se ha hecho antes en nombre de la seguridad. Occidente se sitúa así frente a sus propias contradicciones internas, aunque debe quedar claro que aceptar unos resultados no obliga a tener que apoyar al gobierno que los obtiene si no se está de acuerdo con sus políticas. Así, hay sospechas de terrorismo sobre líderes políticos islamistas próximos al poder.

Geografía de los conflictos mediterráneos

Sin ánimo de romper la naturaleza integral del espacio mediterráneo, se va estudiar el Magreb y los distintos conflictos que coexisten en Oriente Medio, con especial incidencia sobre aquellos en que se han dado las llamadas *primaveras árabes* (tan diferentes entre sí), asumiendo una relativa tranquilidad en su lado norte, aun en el caso de los Balcanes. Es el MENA (*Middle East and North Africa*).

El Magreb

La palabra *Magreb* literalmente significa «el poniente» e integra a cinco países: Marruecos, Argelia, Libia, Mauritania y Túnez, estados cuya consolidación se vio favorecida en los procesos por la independencia. No obstante, pese a compartir etnias, historia, cultura y religión, no se encuentran siquiera mínimamente integrados; baste decir que los intercambios comerciales entre ellos no llegan al 4 por 100 del PIB y no hay infraestructuras comunes. Es más, aunque formalmente sean parte de la Unión del Magreb Árabe (UMA), que cuenta hasta con una cláusula de defensa mutua, esto, a día de hoy, es papel mojado.

Y si bien la región parece culturalmente distante, es probablemente mucho más próxima que la realidad africana que se sitúa detrás y cuya presión demográfica padecen estos países, habiéndose convertido en un colchón de intereses. Su estabilidad es del máximo interés para Europa, aunque su nivel de desarrollo es bajo (en el Índice de Desarrollo Humano de 2011, Túnez ocupa el lugar 94, Argelia 96, Marruecos 130 y Mauritania 159, en una lista de 187 países).

El área se caracteriza por la rivalidad entre Marruecos y Argelia originada tras la independencia de este país y que llevó a una cruel guerra, la Guerra de las Arenas. Y es que históricamente la soberanía no era un concepto territorial, sino personal y fluctuante, ligado a la tribu desplegada en un territorio, con una tradicional ceremonia anual de homenaje, la *beia*, en la que tenía lugar este reconocimiento mediante un rito. Así se dividían en los Bled el-Majzen, los que aceptaban la autoridad del sultán, y los Bled es-Siba, los que no.

Si Marruecos (que nunca fue ocupado por los otomanos) ensalza a los almorávides, Argelia habla de Yugurta y Masinisa; ambos países mantienen las fronteras cerradas, como solo sucede en el mundo entre las dos Coreas. Los actores internacionales en la zona combinan una relación principal con uno de ellos y complementaria con el otro.

La cuestión del Sáhara Occidental, en poder de Marruecos desde 1975, en el contexto del conflicto este-oeste, se inscribe en esta lógica, la del Gran Magreb reclamado por Allal al-Fasi y construido desde ese país; el proceso de mediación continúa buscando un referéndum de autodeterminación, que parece cada vez más lejano, mientras Marruecos lleva 36 años ejerciendo el dominio de facto sobre la región. Las posesiones españolas en el norte de África, e incluso las islas Canarias, han sido objeto de reclamación por parte de Marruecos.

Está también la cuestión bereber, etnia distribuida por toda la zona y que en algún momento de la historia fue utilizada para dividir a los magrebíes; hoy en día, con sus tensiones, esta cuestión parece resuelta, aunque puede resurgir en torno al Rif o la Kabilia argelina.

Los grandes espacios vacíos del Sáhara han sido ocupados por la franquicia de Al Qaeda en la región, protegida por las redes tribales y la inmensidad de un vasto desierto en la zona de Malí, Mauritania y Argelia que hace que el de por sí débil poder de unos estados frágiles sea inoperante.

En cuanto al régimen interior de los estados de la zona, la aceleración de las reformas democráticas emprendidas en 2011 por Marruecos y la incorporación al poder de los islamistas moderados (el Partido Justicia y Desarrollo), junto con la legitimidad histórica y religiosa de su rey, han conseguido moderar la respuesta de la población y ampliar la base social del régimen que, por otra parte, cuenta con la legitimidad que le otorga el crecimiento económico de los últimos diez años (la pobreza ha pasado de 16,2 al 9 por 100 en este periodo, con un crecimiento notable de las infraestructuras básicas). Quedan lejos los convulsos *años de plomo*; esta crisis es bien distinta.

En el caso de Argelia, decir que lleva un decenio de conflicto armado (no se puede hablar con propiedad de guerra civil, pues no ha habido control permanente sobre una porción de su territorio) y en torno a 200.000 muertos, sin que sus llamas se hayan extinguido por completo; el recuerdo de sangrientas matanzas de civiles hechas con hachas y cuchillos, así como las acusaciones de excesos a los cuerpos y fuerzas de seguridad están bien presentes. Pero

también lo están las distintas amnistías y el proceso de reconciliación nacional, cuya eficacia ha sido cuestionada por el retorno a la violencia de algunos de los que se habían beneficiado de las medidas de gracia.

El sistema político argelino ha permitido la participación de islamistas moderados y los ha incorporado al poder, en el que las Fuerzas Armadas tienen mucho peso. Las estructuras de gobierno han sufrido todo un proceso de reislamización en respuesta a las demandas sociales.

El crecimiento económico de los últimos años, tras el proceso de liberalización de los años 80, ha contribuido a la legitimación del régimen y se asienta sobre los altos precios del petróleo y sus derivados (97 por 100 de las exportaciones y 30 por 100 del PIB), permitiendo políticas que han disminuido la efervescencia social (se han reducido impuestos, así como los aranceles sobre algunos productos básicos) y el desarrollo de infraestructuras; mientras las reformas (abolición del estado de emergencia, nueva ley electoral y de partidos) y el hartazgo por un decenio de violencia han sido una vacuna que ha quitado fuerza a la *primavera*.

Mauritania es un Estado heterogéneo, tribal y frágil, que tiene dificultades para asumir el pleno control sobre su territorio, un vasto espacio desértico (tres cuartas partes del país) entre el Sáhara y el Sahel, puente natural entre el mundo árabo-bereber y el negro, en parte colonizado por grupos criminales y terroristas de diferente adscripción (por ejemplo, tráfico de cocaína procedente del golfo de Guinea, venta de armas, tráfico humano, secuestros) que aprovechan las *lagunas existentes de vecindad* de las que ya se ha hablado. Esto, junto al hallazgo de yacimientos petrolíferos *offshore*, ha atraído la atención de la comunidad internacional que se ha interesado en su estabilización.

Ha padecido desde su independencia una sucesión de golpes de estado y gobiernos militares; estos se encuentran nuevamente en el poder tras unas elecciones muy contestadas que han debilitado la estructura institucional del régimen. Subsisten problemas étnicos entre los árabo-bereberes o *maures* y los negros africanos (y aún hay casos documentados de esclavitud tradicional) que ya han sido fuente de violencia para lo que se señala como causa de los procesos de arabización e islamización emprendidos.

En Túnez se dio la salida a las primaveras árabes, provocando la caída del Gobierno de Ben Alí (que años antes había dado un golpe de estado médico contra su predecesor Burguiba, al igual que le sucedió a Luis II de Baviera); la victoria electoral (en un proceso modélico, referencia para otros países en situaciones similares) del partido islamista moderado Ennahda, el Renacimiento, que pretende inspirarse en el modelo turco (el moderado AKP, Partido de la Justicia y el Desarrollo, el mismo nombre que el partido marroquí), ha sido hasta el momento el colofón de este movimiento originado por la efervescencia social resultado de la crisis económica que atraviesa el país.

El Estado libio, con una débil cohesión heredada de las arbitrarias fronteras coloniales, fue capaz de convertirse en un Estado rentista, dependiente de

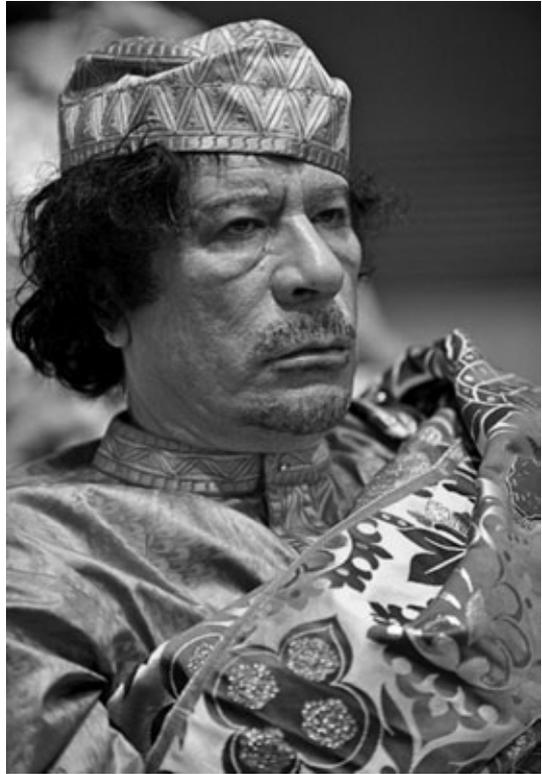
los hidrocarburos con los que subvencionar a la sociedad, o mejor aún, a las ciento cuarenta tribus (tres de ellas con auténtico poder decisorio) que la integran; ello, junto al manejo de las claves religiosas, confirieron las fuentes de legitimidad del régimen. Ambiciosos proyectos vertebradores como *Great Man Made River Project*, con capacidad teórica para extender la agricultura de regadío por todo el país, quedan pendientes para el nuevo gobierno.

Gadafi había sido capaz de mantenerse en el poder en este complejo escenario desde 1969 con cintura política y conocimiento del escenario; así promovió el valor simbólico de las referencias islámicas con vistas a afianzar las estructuras del Estado, un militarismo panarabista para resolver el problema de la identidad del país y un estado rentista en relación directa con los entes tribales que se vigilaban mutuamente, tratando siempre de prevalecer sobre las otras.

Finalmente, problemas de incompetencia y corrupción, junto a cuestiones religiosas y de reparto de beneficios (en torno a un tercio de la población se encuentra bajo el umbral de la pobreza, pese a ser el país número 64 en el Índice de Desarrollo Humano de 2011), empresarios afectados por nacionalizaciones y un ejército que desconfiaba de su liderazgo trajeron la alteración de estos equilibrios y la fractura de las Fuerzas Armadas.

Este tipo de alteraciones no es la primera vez que se produce, lo que pasa es que antes no había precedentes que hubieran triunfado. Además el régimen de Gadafi, pese a sus progresos y reciente aperturismo político, había sido señalado como terrorista, lo que de partida hacía muy difícil que pudiese contar con apoyo internacional, fuese cual fuese su rival.

Se adivinan luchas por el poder en el seno del Consejo Nacional de Transición (el asesinato del jefe del Estado Mayor del Consejo y la negativa a disol-



Muamar el Gadafi. (Foto: wikipedia.org).

verse de las milicias se inscriben en esa lógica) una vez que ha desaparecido el enemigo común que unía las diferentes milicias, rearmadas con los arsenales que le han arrebatado a Gadafi, cuyo control tanto inquieta a Occidente en este estadio de anarquía (por ejemplo, se estiman en 20.000 los misiles portátiles tierra-aire en posesión de las Fuerzas Armadas libias antes del conflicto).

La cuestión es que quien sustituya a Gadafi proviene de la misma cantera que él, como se ha visto en las tristes imágenes de Misrata o en las muertes de prisioneros, sospechosos por su color de ser mercenarios; las cosas pueden cambiar, aunque no es sensato pensar que demasiado, ya que las soluciones parten de la misma cultura y Gadafi estuvo en el poder por algo. Las transiciones tendrán los mismos defectos en la mayor parte de los casos que los regímenes anteriores; y no viene mal recordar que algunos de los que pretenden protagonizarlas son sospechosos de participar en movimientos terroristas islámicos.

Oriente Medio

El avispero en el que convergen tres continentes. Hablar de Oriente Medio es hablar, de entrada, del problema palestino-israelí, un conflicto largo y evolutivo, fuente de tensiones en la zona, cuyo final no se alcanza a adivinar; su permanente arabesco, resultado de las fuerzas que convergen y también de la cultura de bazar dominante, llega paradójicamente a aburrir; se pierde el hilo, aunque siempre es fácil de retomar por los pocos cambios reales que acompañan a los sucesivos procesos de negociación.

Cuestiones recurrentes son el derecho de retorno de los refugiados, el estatus de la ciudad de Jerusalén, los asentamientos judíos en los territorios ocupados, el muro, el problema del agua, el reconocimiento del Estado palestino y su viabilidad... Algunos actores han cambiado, Hamas (Hermanos Musulmanes, para algunos una organización terrorista; en cualquier caso con la primavera árabe ha hecho que cambie de táctica y han manifestado una voluntad de entendimiento con Israel, cuya existencia se han mostrado tácitamente dispuestos a reconocer) gobierna en Gaza, mientras Al Fatah lo hace en Cisjordania. La diáspora palestina contamina el resto de los conflictos.

Turquía, ya se ha visto, es otra ineludible referencia. El modelo kemalista turco había sabido integrar laicismo, islam, democracia y nacionalismo. Pero ese era un primer paso; el segundo era inevitable con el tiempo y pasaba por el reequilibrio con los modos culturales de la sociedad.

Así en 2002 llega al poder tras un proceso electoral el AKP, partido de origen islamista pero que no hace bandera del islamismo y que ha sabido conservar el electorado más religioso y simultáneamente atraer el voto de centro derecha; para ello evitó poner en duda los principios kemalistas, en particular la laicidad del Estado, al tiempo que promovía el control civil sobre

las Fuerzas Armadas, eje vertebral de la organización del Estado. El resultado ha sido una lenta y progresiva reislamización de la sociedad y el desplazamiento de los centros de poder hacia formulaciones más democráticas; todo lo cual, a su vez, proporcionaba al partido la legitimidad de ser eficaces gestores del cambio y les convertía en un modelo a seguir; eso sí, un modelo que por los plazos es de evolución, no de revolución, algo bien distinto de lo que algunos pretenden. Pero eso no quita que sea una referencia insustituible en la marcha hacia la democracia de los países del MENA, lo cual encarna una cierta paradoja dadas las dificultades en sus relaciones con los antiguos miembros de su imperio.

En cuanto a conflictos que impliquen a Turquía, se encuentran problemas como el kurdo o el armenio, que afectan a un buen número de países del área. En el Cáucaso, Armenia ocupó Nagorno Karabaj, territorio de Azerbaiyán que cuenta con el apoyo turco. El reconocimiento del genocidio armenio en el contexto de la Primera Guerra Mundial, que los turcos aceptan aunque no su magnitud, reconociéndolo solo como excesos en tiempos de guerra, enmascara una pugna por las fronteras.

La cuestión de las islas y el mar territorial es un problema que se inscribe en el pasado conjunto de griegos y turcos, en el cual se incluye también la cuestión de Chipre, que en verano de 2012 asumirá la presidencia de turno de la Unión, un país dividido entre comunidades (la ocupación turca del norte de Chipre se produjo en 1974). El hallazgo de yacimientos de petróleo y gas entre su costa y la de Israel ha hecho más visible el enfrentamiento.

Egipto siempre ha sido el faro intelectual del mundo islámico; de aquí son los grandes planteamientos del islam, desde Hassan Al Banna y los Hermanos Musulmanes a Al Zawahiri y Al Qaeda. Construido en torno al Nilo (con conflictos con Sudán por el reparto del agua) es el puente entre África y Asia; es también el país musulmán más poblado (80 millones), además de con dos millones de emigrantes distribuidos por la zona.

Y es que existe un profundo malestar social, dado que el 40 por 100 de la sociedad vive por debajo del umbral de la pobreza, con un sector público desmesurado (30 por 100 de la población laboral) sólo sostenible por sus bajos sueldos; el alza en los precios de los productos básicos (que llegó en 2010 al 25 por 100 en algunos), junto con el precedente tunecino, se encuentran entre los elementos detonantes de la actual crisis.

La ola de protestas escenificada en la plaza de Tahrir ha propiciado la caída de Hosni Mubarak (que pretendía trasladar el poder a su hijo) y la creación de un Consejo Nacional de Transición bajo la dirección del mariscal Tantawi, mano derecha del general Mubarak, con lo que el poder no ha dejado nunca de estar en las Fuerzas Armadas, a fin de cuentas la estructura más prestigiosa del país y profundamente imbricada en su vida política y administrativa; estas se mantuvieron en una actitud ambivalente hasta bien avanzadas las revueltas, lo que les ha dotado de un prestigio que les permite liderar y contrapesar el

cambio al modo del ejército turco. No obstante se ha iniciado un proceso de reformas en tres fases que se prevé finalice este año con la elección de un nuevo presidente. Los islamistas han sabido aprovechar el proceso de cambio y en las elecciones legislativas los Hermanos Musulmanes (Partido Libertad y Justicia) y los salafistas de Al Nur (una escisión radical) han sido los dos partidos más votados, por encima del sector oficialista; esto va a diferenciar a Egipto del modelo turco de transición, donde la islamización de la sociedad se realizó sobre un laicismo firme y bien asentado.

Se adivinan futuras tensiones originadas por cuestiones como el ritmo de las reformas, el modelo de gobierno y la reforma del aparato policial del antiguo régimen (1.300.000 funcionarios). La islamización de la sociedad ha traído tensiones con presiones sobre las minorías no musulmanas, especialmente los coptos.

No obstante, resulta difícil diferenciar el Egipto del marabutismo del islam popular, gobernado desde principios radicales; ello puede hacer que los partidos islamistas adopten, al menos a corto plazo, posturas más posibilistas. La radicalización supondría además una profunda alteración en los débiles equilibrios en que se asienta la paz en Oriente Medio, por lo que interesa a la comunidad internacional en su conjunto.

El Líbano, país de complejos equilibrios entre las distintas confesiones religiosas (institucionales y de todo tipo) que lo habitan, fue creado como un hogar para los cristianos desgajados de Siria; el paso del tiempo (y también la diáspora palestina) ha alterado la composición demográfica del país. Su debilidad ha dado pie a la aparición de la organización Hezbolá que, apoyada desde Irán y con la legitimidad de su resistencia frente a Israel durante la invasión de su territorio, ha sustituido el papel del Estado, ofreciendo seguridad y hasta servicios básicos, y no solo a chiíes, configurando un espacio de estabilidad y orden pese a su radical antisemitismo.

Otro de los países afectados por las primaveras es Siria, con una renta media baja (ocupa el puesto 119 en el Índice de Desarrollo Humano de 2011), gobernado desde 1963, tras el fracaso de la unión con Egipto, por el Baaz en régimen patrimonial de partido casi único. Es este un partido que se define como nacionalista árabe y socialista, fundado por un cristiano y un alauí (el 70 por 100 de la población es suní, mientras los alauíes están en el poder), que ha hecho de la laicidad y del panarabismo su bandera. No obstante este hecho ha transformado por exclusión el plano religioso en un plano de confrontación.

La alineación y adoctrinamiento de las Fuerzas Armadas con el régimen explican su perduración, pero por otro lado han impedido la constitución de alternativas y recambios reales en un régimen ineficiente. Una excesiva centralización del gobierno que gira en torno a las grandes ciudades del eje central del país y el peso del componente tribal condenan a la debilidad a la sociedad con un limitado sistema de protección social. La caída de ingresos y el previsible agotamiento de los recursos petrolíferos desestabilizaron definiti-

vamente el sistema. Las primeras protestas de un proceso que ya ha ocasionado varias decenas de miles de muertos surgen al rebufo de los sucesos de Túnez y Egipto. Los pasos para la reforma que se dieron han sido débiles, y solo cuando el gobierno se vio forzado a ello (como la derogación del estado de emergencia, en vigor desde 1963), con lo que ya era demasiado tarde; la represión de las manifestaciones perjudicó la imagen del presidente Asad, hasta entonces tenido por reformista; mientras, simultáneamente, aparecía una violencia religiosa.

Las protestas crecieron en intensidad como también lo hizo la represión; la violencia se extendió y organizó amenazando la cohesión de las Fuerzas Armadas y privando al régimen del apoyo internacional aun en el tensionado y frágil escenario regional; la amenaza de una guerra civil se hizo así presente.

Conclusiones

Factores polemológicos son los elementos que subyacen en el origen de los conflictos, con independencia de que puedan conducir o no al enfrentamiento; este se produciría en función de la presencia de ciertos catalizadores o detonantes. Su existencia posibilita los conflictos, y la concurrencia de varios los hace más probables pero no los asegura, aunque siempre es fácil ejercer de *augur a posteriori*.

Los conflictos, como todos los hechos que afectan a colectividades humanas, pueden plantearse entre razones difusas, presentar contornos poco definidos y, generalmente, admitir una pluralidad de explicaciones; sus razones distan mucho del simplismo unicausal; son o suelen ser, de naturaleza plural y poliédrica.

Por otro lado, la complejidad del conflicto obliga a tratar cada caso como resultado de circunstancias especiales que no se volverán a repetir. De la misma manera tampoco cabe el extremo contrario, esto es, que exista una ley espacial de la que no se puede escapar. Los conflictos no son fenómenos únicos sino singulares.

Una revolución se sabe cuando comienza, pero ni cómo ni cuándo termina. La Revolución Francesa llevó al cadalso a un rey para acabar entronizando a un emperador. El proceso está abierto y hay quien opina que en fase incipiente. Si atendemos a la diversidad de los orígenes e historia —no viene mal recordar que hubo quien inscribió los sucesos del 15-M en España en el contexto de las *primaveras árabes*— de los países implicados, veremos que puede haber diferentes evoluciones; los equilibrios turcos pueden servir de inspiración pero no de modelo para un mundo tan heterogéneo, máxime cuando sus puntos de partida y su marco temporal son bien distintos.

Además no puede resultar extraño que un movimiento inicialmente laico dé paso a otro de inspiración religiosa, toda vez que este obedece a su cultura.

La crisis de identidad que se esconde tras ellos no es menor que la crisis económica que los propulsa, y sitúa a Occidente frente a sus propias contradicciones.

Así siguen abiertos los dilemas que suscita el apoyar a un gobierno salido de las urnas respondiendo a las demandas de cambio de amplios sectores de la población y tolerar la subsiguiente creación de un espacio de inestabilidad en zonas de alto valor estratégico o que puedan afectar al suministro energético.

En este contexto el cambio se presenta como necesario, además de inevitable. Lo mejor que se puede hacer no es apoyarlo, sino pilotarlo ofreciendo una salida a sociedades sin expectativas que a veces hablan de más democracia queriendo en realidad decir más pan, algo que los regímenes que salgan de las urnas difícilmente podrán conseguir en corto plazo, perjudicando su legitimidad. Es demasiado prematuro y voluntarista presentar este proceso como una nueva ola de democratización.

El progreso no implica una moralidad superior, sino mayores niveles de contradicción interna. La llegada al poder de los radicales puede también situarles frente a sus contradicciones entre su credo y la necesidad de atender a las demandas reales de la población y aceptar su concepción religiosa. Estos países no pueden vivir al margen de Occidente en un mundo que se ha plegado sobre sí mismo; nadie es una isla, ni siquiera por voluntad propia. Por eso, los flujos económicos que desde el exterior financian el radicalismo extremo deben ser controlados.

La clave de todos los problemas se sitúa en fortalecer el estado y conseguir que este se adapte mejor a la sociedad sobre la que se instala mientras satisface sus demandas. El estado es para la sociedad y no a la inversa; lo otro es, a lo más, transitorio y se llama dictadura. En cualquier caso la necesidad de cambio no puede hacer ignorar la realidad de lo alcanzado hasta ahora.

La geografía y la globalización nos obligan a compartir el destino. Estamos obligados a convivir y relacionarnos. Como decía D'Ors, «una y otra vez se fueron sucediendo en el señorío de aquel mar unos pueblos y otros pueblos, unas escuadras y otras escuadras, pero el mar seguía siendo para todos el Mar nuestro».